

Capítulo 3

Cómo Elegir una Cosmovisión

Por Ronald Nash

De su libro *Cosmovisiones en Conflictos*.

Puesto que el teísmo Cristiano es solamente una de muchas cosmovisiones en competencia, ¿sobre qué bases pueden las personas tomar una decisión razonada para escoger entre los diferentes sistemas? ¿Cuál cosmovisión es más probable que sea verdadera? ¿Cuál es la mejor manera, o la más prometedor, de abordar este tipo de pregunta?

Cuando somos confrontados con la necesidad de hacer una elección entre proposiciones fundamentales de diferentes cosmovisiones en competencia, debiésemos escoger aquella que, cuando se aplique a la totalidad de la realidad, nos proporcione el cuadro más coherente del mundo. Después de todo, como explica Gordon C. Clark, “Si un sistema puede proveer soluciones plausibles a muchos problemas mientras que otro deja demasiadas preguntas sin responder, si un sistema tiende menos al escepticismo y le da más significado a la vida, si una cosmovisión es consistente mientras que otras se contradicen entre sí, ¿quién puede negarnos, puesto que debemos escoger, el derecho a seleccionar el primer principio que más promete?”¹ El propósito de este capítulo es seguir esta línea general de pensamiento y llenar muchos de los detalles necesarios.

PROBANDO UNA COSMOVISIÓN

Se deben aplicar tres pruebas principales cuando se evalúan las cosmovisiones. Ellas son:

La Prueba de la Razón

La Prueba de la Experiencia

La Prueba de la Práctica

LA PRUEBA DE LA RAZÓN

De alguna manera, la razón es vista por demasiados Cristianos como una enemiga de la fe Cristiana. Estoy fuertemente en desacuerdo con esa tesis ampliamente sostenida pero auto-destructiva.

Cuando digo la prueba de la razón quiero decir lógica o, para ser más específico, la ley de la no-contradicción. Los esfuerzos por definir la ley de la no-contradicción rara vez inducen mucho a la vía del entusiasmo, pero de cualquier forma ofrezco una definición. La ley de la no-contradicción declara que *A*, que puede ser cualquier cosa, no puede ser tanto *B* y no-*B* al mismo tiempo en el mismo sentido. Por ejemplo, una proposición no puede ser verdadera y

¹ Gordon C. Clark, *Una Visión Cristiana del Hombre y de las Cosas* (Grand Rapids: Eerdmans, 1952), 34.

falsa al mismo tiempo en el mismo sentido; un objeto no puede ser redondo y cuadrado; un ser viviente no puede ser un humano y un perro al mismo tiempo en el mismo sentido.

La presencia de una contradicción es siempre una señal de error. De modo que, tenemos el derecho de esperar que un sistema conceptual sea lógicamente consistente, tanto en sus partes (sus proposiciones individuales) como en la totalidad. Un sistema conceptual se halla en obvios problemas si le falta coherencia de forma lógica.

La incoherencia lógica puede ser más o menos fatal, dependiendo de si la contradicción existe entre las creencias menos fundamentales o si se encuentra en el mismo corazón del sistema. Es debido a este segundo tipo más serio de falla que tales sistemas como el escepticismo y el solipsismo, son auto-destructivos.

Clark coloca su dedo en el talón de Aquiles del escepticismo:

El escepticismo es la posición de que nada puede ser demostrado. ¿Y cómo, preguntamos, puedes demostrar que nada puede ser demostrado? El escéptico afirma que no se puede saber nada. En su prisa dijo que la verdad es imposible. ¿Y es verdad que la verdad es imposible? Pues, si ninguna proposición es verdad, entonces al menos una proposición es verdadera – la proposición, a saber, de que ninguna proposición es verdadera. Por lo tanto, si la verdad es imposible, lo que sigue a continuación es que ya la hemos alcanzado.²

El escéptico afirma una contradicción, pues mientras sostiene que nadie puede saber algo, tiene bastante certeza de que él mismo *sabe* que nadie puede saber algo; o, al menos, el *sabe* que duda que alguien pueda saber algo.

Algunos filósofos han descrito tales perspectivas como *absurdas en términos de auto-referencia*. Lo que esto quiere decir es que cada vez que una posición se aplica a sí misma, el resultado es un sin sentido – un absurdo que se auto-destruye. El solipsismo es otra teoría que parece caer en esta trampa. Un solipcista es una persona que afirma que solamente él existe. Nada más ni nadie más existe. Pero entonces, uno debe preguntarse, ¿a quién le está haciendo esta afirmación el solipcista? ¿Por qué alguien que seriamente cree que él es el único ser que existe gastaría tal energía tratando de producir argumentos que respalden su creencia?

Debido a su importancia, y a la dificultad que algunas personas tienen de comprenderla, comentaré un poco más en el capítulo cuatro sobre la prueba de la razón. Por ahora estoy contento con señalar el punto de que las cosmovisiones debiesen siempre ser sometidas a la prueba de la ley de la no-contradicción. La inconsistencia siempre es una señal de error. Como se dijo, algunas posiciones o sistemas filosóficos parecen auto-destruirse en el sentido que son internamente contraproducentes.

Claro está que la acusación de inconsistencia debiese tomarse muy seriamente. A menos que los proponentes de una cosmovisión puedan refutar exitosamente la crítica debiesen considerar su sistema como si este padeciese una enfermedad terminal.

² Ibid., 30.

Sin embargo, por toda su importancia, la prueba de la consistencia lógica nunca puede ser el único criterio por el cual evaluemos las cosmovisiones. En el mejor de los casos, la lógica puede ser solamente una prueba negativa. Aunque la presencia de una contradicción nos alertará ante la presencia del error, la ausencia de contradicción no garantiza la presencia de la verdad. Para eso necesitamos otro criterio.

LA PRUEBA DE LA EXPERIENCIA

Las cosmovisiones deben pasar no solamente la prueba de la razón; también deben satisfacer la prueba de la experiencia. Las cosmovisiones debiesen ser relevantes a lo que sabemos acerca del mundo y de nosotros mismos.

Sin embargo, se debe introducir una distinción importante en este punto. Ciertamente la experiencia humana que funciona como una prueba de las creencias de las cosmovisiones incluye nuestra experiencia del mundo fuera de nosotros. Es apropiado que las personas presenten objeciones cuando una cosmovisión manifiesta conflictos con lo que sabemos que es cierto respecto al universo físico. Esta es una razón por la cual ningún lector de este libro cree que el mundo es plano o que el sol es el centro del universo. Sin embargo, parece ser que muchos que reclaman una validación objetiva dejan de darle el crédito apropiado a la validación subjetiva provista por nuestra conciencia de nuestro “mundo interno.”³ Por esta razón, mi breve explicación de la prueba de la experiencia se dividirá en dos partes: la prueba del mundo exterior y la prueba del mundo interior.

La Prueba del Mundo Exterior

Tenemos el derecho de esperar que las cosmovisiones tengan contacto con nuestra experiencia del mundo que se halla fuera de nosotros. Debiesen ayudarnos a entender lo que percibimos.

Una cantidad de creencias de cosmovisiones se quedan cortas en esta prueba. Ellas incluyen lo siguiente:

1. Dios creó el mundo hace seis mil años.
2. El dolor y la muerte son ilusiones.
3. Todos los seres humanos son inherentemente buenos.
4. Los milagros son imposibles.

³ Mi lenguaje en esta sección no debiese entenderse de una manera que sugiera que miro al ser humano como algún tipo de “fantasma en una máquina.” Frases como *el mundo exterior*, *el mundo interior*, y *el mundo fuera de nosotros* son simplemente metáforas que nos vienen naturalmente a todos aquellos que, en el momento, sucede que no estamos leyendo un trabajo escrito en una clase de filosofía. Mi lenguaje no tiene el objetivo de implicar alguna teoría metafísica particular (por ejemplo, una opinión con respecto al problema de la mente-cuerpo), o una visión epistemológica (tal como una teoría representativa de la percepción de los sentidos). Para usar un término más bien estrambótico, mi lenguaje es *lenguaje fenomenológico*, es decir, describe la manera en que las diferentes cosas aparecen delante de nosotros. La experiencia con mi máquina de escribir en este momento es *de* un objeto que parece existir fuera de e independiente de mi conciencia de la máquina de escribir. Mi conciencia de mis propios estados mentales (expresable en proposiciones como “tengo hambre”) es *de* algo que la mayoría de la gente describe de forma cómoda como perteneciente a su mundo interior. En tanto que el lenguaje se entienda en una manera no literal, no hay problema.

Afortunadamente, pocos Cristianos en la actualidad siguen las sugerencias equivocadas de algunos que enseñan que el mundo solamente tiene seis mil años de edad. El cálculo erróneo de la cronología bíblica que llevó al Arzobispo Ussher a esta conclusión es hoy ampliamente rechazado. De allí que, pocos Cristianos tengan problemas entendiendo los lechos de carbón y los fósiles en este planeta o la luz de soles que se hallan a millones de años luz de distancia. Mientras que unos pocos modernistas religiosos envejecidos y seguidores yupis de los cultos de la Nueva Era todavía creen en la bondad inherente de la gente, los Cristianos y otros observadores realistas reconocen la propensión no enseñada y no aprendida de los seres humanos al pecado. Y como veremos pronto, el moderno repudio hacia los milagros no es una conclusión derivada a partir de una evidencia irrefutable sino que, en vez de eso, es una consecuencia del compromiso cuasi-religioso con la cosmovisión conocida como naturalismo.

La inhabilidad de la segunda proposición en mi lista – la creencia de que el dolor y la muerte son ilusiones – de pasar la prueba de nuestra experiencia del mundo exterior es una en la que pienso a menudo debido a una triste experiencia que tuve hace muchos años. Hace muchos años estuve empleado como camillero en un hospital de Nueva Inglaterra. Un día una Cientificista Cristiano fue admitido con cáncer terminal. Consciente de que la Ciencia Cristiana negaba la realidad de la enfermedad, el dolor y la muerte, me preguntaba por qué estaba allí. Luego me enteré de que a medida que el cáncer se propagaba y que su condición se hacía cada vez más desesperada, el olor de su carne enferma llegó a hacerse tan insoportable que su familia la había internado en el hospital para eliminar la fetidez de la casa. Murió en pocos días. Uno puede repetir las palabras “todo esto es solamente una ilusión” todo lo que uno quiera. Las afirmaciones se contradicen con la prueba del mundo exterior.

No quiero que mi posición sobre esta prueba particular sea malentendida. La conformidad con la observación humana no es la prueba exclusiva de las afirmaciones de una cosmovisión. Eso debiese quedar claro debido a lo que ya he dicho acerca de la razón como prueba. No soy un empiricista; es decir, no creo que todo el conocimiento humano comience con la experiencia de los sentidos.⁴ Y tampoco asumo que los humanos seamos siempre capaces de abordar la información provista por los sentidos de una manera impersonal e indiferente.⁵ Y ciertamente no creo que los proponentes de cosmovisiones en competencia vayan a interpretar siempre la misma información provista por los sentidos de la misma manera. Pero insisto en tomar la visión llena de sentido de común de que ninguna cosmovisión merece respeto si ignora la experiencia humana o si es inconsistente con ella. Sin embargo, también insisto en que la experiencia humana que consideremos cuando evaluamos las cosmovisiones sea lo suficientemente amplia como para incluir tanto la experiencia del mundo exterior como la del mundo interior.

La Prueba del Mundo Interior

Como hemos visto, las cosmovisiones debiesen encajar con lo que sabemos respecto al mundo exterior. Pero también necesitar encajar con lo que sabemos respecto a nosotros

⁴ Vea mi obra *La Palabra de Dios y la Mente del Hombre*, especialmente el capítulo 7.

⁵ Vea mi obra *La Fe Cristiana y el Entendimiento Histórico* (Dallas: Probe Books, 1984).

mismos. Ejemplos de este tipo de información incluyen los siguientes: Soy un ser que piensa, tiene esperanza, experimenta placer y dolor, cree, desea. También soy un ser que a menudo está consciente de lo que es correcto y de lo que es erróneo y que se siente culpable y pecaminoso por haber dejado de hacer lo que era correcto. Soy un ser que recuerda el pasado, es consciente del presente y anticipa el futuro. Puedo pensar acerca de cosas que no existen. Puedo planear y luego ejecutar mis planes. Soy capaz de actuar deliberadamente; en lugar de responder meramente al estímulo puedo desear hacer algo y luego en verdad llevarlo a cabo. Soy una persona que ama a otros seres humanos. Puedo mostrar empatía por otros y compartir su dolor y su gozo. Sé que algún día moriré y tengo fe de que sobreviviré a la muerte de mi cuerpo. Y como expliqué en un capítulo anterior, a menudo parezco ser vencido por estados de ánimo y emociones lo que sugiere que la satisfacción última que busco es inalcanzable en esta vida.

Un ejemplo de cómo la prueba del mundo interior puede ser probada de buena manera es el libro de Lewis *Cristianismo y Nada Más*.⁶ Él comienza haciendo que sus lectores reflexionen en su propia conciencia moral. Todo ser humano hace distinciones entre el bien y el mal. Aún las personas que profesan ser relativistas éticos actúan de manera contraria a su profesión cuando se ha actuado contra ellos de forma incorrecta. Cuando alguien nos agravia nuestra protesta deja patente que creemos que la otra persona es consciente de la misma ley moral. Lo que le interesa a Lewis con respecto a las observaciones que la gente hace cuando pelean es esto:

... quien las dice no está expresando solamente que no le agrada la manera de proceder de la otra persona. Está apelando a cierta clase de regla de conducta que supone que la otra persona debe conocer. Rara vez el otro replica: “Al diablo con tus reglas.” Casi siempre trata de argumentar que lo que hace no va en realidad contra las reglas, o que si las transgredió tiene para ello una excusa especial. Pretende hacer ver que hay una razón especial en este caso particular para que la persona que tomó primero la silla no la conserve, o que las cosas eran algo distintas cuando se le dio el pedazo de naranja, o que algo sucedió que le impidió cumplir la promesa. Parece como si en efecto ambas partes tuvieran muy en mente alguna especie de ley o regla de juego limpio, o conducta decente o de moralidad o de cualquiera otra cosa por el estilo, con la cual todos están de acuerdo. Y lo están. De no ser así, claro, pelearían como animales, pero no *discutirían*. Discutir es tratar de mostrar que la otra persona está equivocada. Y no habría sentido alguno en tratar de hacer esto a menos que haya alguna especie de acuerdo en cuanto a lo que es correcto e incorrecto; como tampoco tendría sentido el decir que un jugador de fútbol ha cometido una falta a menos que exista algún acuerdo en cuanto a las reglas del fútbol.⁷

¿Qué condiciones explican mejor el hecho de la conciencia moral humana? ¿Qué cosmovisión explica mejor esta información respecto a nuestro mundo interior? Lewis sigue adelante probando varias cosmovisiones en competencia en términos de su capacidad para ofrecer una explicación a este fenómeno. Rechaza las visiones materialistas del universo debido a que no pueden ofrecer una explicación por la conciencia moral. Rechaza el panteísmo porque un Dios panteísta está más allá del bien y el mal, no son posibles las distinciones realmente morales en un universo panteísta. Se opone al dualismo (la creencia en

⁶ Lewis, *Cristianismo y Nada Más* [New York: Macmillan, 1960], especialmente el libro I.

⁷ *Ibid.*, *Cristianismo y Nada Más*, Editorial Caribe, 1977, págs. 19-20.

dos deidades co-iguales y co-eternas, una buena y la otra mala) porque no puede explicar cuál de los dos principios “últimos” es bueno.⁸

Una razón por la cual muchos tienden a concentrarse en el mundo exterior como la mayor prueba empírica de las cosmovisiones puede ser por las dificultades que acompañan a los esfuerzos por mirar “hacia adentro.” Edward John Carnell señala:

Cuando se trata de formular una filosofía de la vida, sostengo que el hecho menos accesible, y por ende el más desconcertante de aislar y clasificar, es el completo entorno moral y espiritual del filósofo mismo. La mayoría de los esfuerzos de abstracción no impresionan al hombre común porque los sabios raras veces se toman el tiempo para interpretar la vida desde adentro, desde el centro de su propia perspectiva como individuos... Una cosmovisión permanece truncada en el grado en que un pensador deje de tratar con la información obtenida a través de una participación humilde en el entorno moral y espiritual... Lo que signifique el encontrarse en un entorno moral y espiritual únicamente puede aprenderse cuando uno se familiariza con las realidades que le vinculan con la misma existencia. El peregrinaje hacia la interioridad individual es una dolorosa responsabilidad personal, pues únicamente el mismo individuo tiene acceso a los secretos de su vida moral y espiritual.⁹

Pero no importa cuán difícil pueda ser el mirar honestamente a nuestro ser interior, estamos en lo correcto al desconfiar de aquellos cuya defensa de una cosmovisión ignora o rechaza el mundo interior.

LA PRUEBA DE LA PRÁCTICA

Las cosmovisiones debiesen ser probadas no solamente en el aula de filosofía sino también en el laboratorio de la vida. Una cosa es que una cosmovisión pase ciertas pruebas teóricas (la razón y la experiencia); y otra muy diferente que la cosmovisión también pase una importante prueba práctica, a saber, ¿puede la persona que profesa esa cosmovisión vivir *consistentemente* en armonía con el sistema que profesa? ¿O encontramos que se ve obligado a vivir de acuerdo con las creencias que se toman prestadas de un sistema en disputa? Sugiero que tal descubrimiento debiese producir algo más que vergüenza.

Esta prueba práctica jugó un importante papel en la obra del pensador Cristiano Francis Schaeffer. Thomas Morris explica la posición de Schaeffer:

Ningún no-Cristiano puede ser consistente en la correspondencia de al menos algunos de sus pensamientos y acciones diarias con la conclusión relevante que lógicamente se derivaría a partir de su conjunto básico de presuposiciones. La orientación de la posición [de Schaeffer] fue que los no-Cristianos tendrían un tiempo difícil poniendo en práctica de manera consistente sus presuposiciones mientras vivían en el contexto de su propio [mundo interior] y exterior.¹⁰

⁸ Ibid., libro 2, cap. 1. Claro que no puede haber dos principios últimos. Tal afirmación contradice el significado de *último*.

⁹ Edward John Carnell, *El Caso a Favor del Cristianismo Bíblico*, ed. Ronald Nash (Grand Rapids: Eerdmans, 1969), 58.

¹⁰ Thomas Morris, *La Apologética de Francis Schaeffer* (Grand Rapids: Baker, 1987), 21-22. La obra de Schaeffer ha sido malentendida, muy irónicamente, por cierto número de pensadores evangélicos. Para un intento

La prueba práctica o existencial de Schaeffer ayudó a establecer el fundamento para el contundente argumento de Morris:

Solamente las presuposiciones del Cristianismo histórico explican y se corresponden adecuadamente con los dos entornos en los que todo hombre debe vivir: el mundo exterior con su forma y complejidad; y el mundo interno de las propias características del hombre como ser humano. Este “mundo interior” incluye tales cualidades humanas “como el deseo de trascendencia, amor, significado y el temor al no-ser, entre otros.”¹¹

Una cosa debiese quedar clara: cualquier lector que llegue a creer que los comentarios de Schaeffer son verdaderos tendrá una poderosa razón para aceptar la cosmovisión Cristiana. Debíésemos tener sus palabras en mente mientras continuamos con nuestra jornada.

UNA PREGUNTA SOBRE EL MÉTODO

En la primera parte de este capítulo examiné varias pruebas diferentes que pueden ser usadas para respaldar los juicios con respecto a la idoneidad de cosmovisiones en competencia. Ahora quiero llevar el asunto de probar las cosmovisiones un poco más adelante arrojando luz sobre el tipo de método o procedimiento que estoy recomendando. Una cosa en particular que quiero poner en claro es que mi método *no* es deductivo.

El silogismo¹² más famoso de la historia, que comienza con la premisa fundamental de que “todos los hombres son mortales,” provee una premisa menor que es más específica (“Sócrates es un hombre”), y finaliza con una conclusión (“Sócrates es un mortal”), cuya verdad está ya implícita en las premisas. La validez de un argumento deductivo es una función de su forma, no de su contenido. Es decir, es válido *cualquier* argumento que tenga la misma forma¹³ lógica de este famoso modelo sin importar las palabras particulares que pudieran sustituirse. La conclusión de un argumento deductivo válido nunca contiene información que no esté ya presente en las premisas. La mayor ventaja de cualquier argumento deductivo válido es que provee *certeza lógica*. En el caso de cualquier argumento válido, si las premisas son verdaderas, entonces la conclusión *debe* ser verdadera.¹⁴

de dejar las cosas en claro, vea Ronald Nash, “La Vida de la Mente y el Camino de la Vida,” en *Francis Schaeffer: Retratos del Hombre y Su Obra*, ed. Lane T. Dennis [Westchester, Ill.: Crossway, 1986], cap. 3. También digno de consultarse, en el mismo libro, es el capítulo de Lane Dennis titulado “Schaeffer y sus Críticos.”

¹¹ Ibid., 21. En este párrafo Morris parafrasea a Schaeffer y al mismo tiempo lo cita.

¹² El razonamiento deductivo no necesita tomar la forma de mi famoso ejemplo. El razonamiento deductivo puede ser hipotético (si p , entonces q ; p ; por lo tanto, q) o disyuntivo en forma (ya sea p ó q ; no q , por lo tanto, p). Obviamente este párrafo no tiene el propósito de ser un sustituto de todo un libro de texto de lógica.

¹³ La forma lógica de nuestro silogismo puede aclararse sustituyendo con letras los términos del argumento original: Todo A es B; todo C es A; por lo tanto, todo C es B. Cualquier argumento que tenga esta forma es válido. Se identifican otras formas válidas o inválidas de los silogismos categóricos en los libros de texto estándares de lógica.

¹⁴ Cualquier estudiante de lógica en sus comienzos también aprende que se debiesen distinguir la validez y la verdad. La veracidad (o la falsedad) es una propiedad de las proposiciones básicas que conforman un argumento. La validez (o la invalidez) es una propiedad de los argumentos. Si las premisas de un argumento válido son ciertas, entonces la conclusión debe ser cierta. Pero si una o más de las premisas de cualquier argumento son falsas, nada puede inferirse respecto a la verdad o falsedad de la conclusión.

El razonamiento inductivo también asume una cantidad de formas diferentes. Puede incluir el razonamiento a partir de unos pocos casos específicos hasta una generalización sobre los muchos casos. O puede incluir lo que se llama el razonamiento analógico: debido a que se piensa que dos cosas son parecidas o análogas en un aspecto, uno infiere que son parecidas en otro aspecto. La forma clave en la que el razonamiento inductivo difiere del deductivo es en la ausencia de certeza lógica en el pensamiento inductivo. Lo más que cualquier argumento inductivo puede proveer es probabilidad.

De modo que el método recomendado en este capítulo no es el deductivo, sus conclusiones carecen de certeza lógica; la probabilidad en este tipo de razonamiento es inevitable. Algunas personas encuentran esto difícil de entender y de aceptar. Actúan como si recomendar un procedimiento que provee “únicamente” probabilidad no es algo simplemente sospechoso; es peligrosamente subversivo. Dado que tales juicios manifiestan un claro malentendido de lo que es o no es posible en el razonamiento inductivo, ofrezco la siguiente explicación.

Varios tipos de razonamiento ilustran el enfoque que tengo en mente. El filósofo Británico Basil Mitchell ha comparado la prueba de las cosmovisiones con la manera en que uno busca la interpretación correcta de un texto escrito.¹⁵ Todo estudiante de la Biblia y de otra gran literatura sabe cuán difícil puede ser algunas veces comprender el significado del autor en una frase, oración o párrafo particular. La mejor interpretación es aquella que toma en cuenta más fielmente el mensaje de todo el texto en su contexto histórico y literario. Antes que se sugiera una interpretación final uno debe estudiar cuidadosamente el vocabulario, el contexto textual, el contexto textual, y el escenario histórico en el que el texto fue escrito. La interpretación más probable es aquella que mejor se ajuste a toda la información relevante. No importa cuán cuidadosamente el intérprete haga su trabajo, ninguna interpretación puede jamás lograr la certeza lógica. Las interpretaciones que compitan entre sí serán más o menos probables, dependiendo de cuán bien se ajusten.

La interpretación de eventos históricos es otro ejemplo del tipo de razonamiento usado al evaluar cosmovisiones. Cuando Elizabeth I llegó a ser reina de Inglaterra en 1558, su título oficial rezaba: “Elizabeth, por la Gracia de Dios, Reina de Inglaterra, Francia y España. Defensora de la Fe, etc.”¹⁶ Esto levanta una pregunta interesante. ¿Qué está haciendo ese “etc.” en el título de la reina? He aquí algo que parece exigir una explicación. Ernest Nagel resume el intento de un historiador para explicar su sentido.

El historiador legal F. W. Maitland propuso la siguiente explicación. Primero mostró que el “etc.” en la proclamación no estaba allí de forma involuntaria sino que había sido introducida de manera deliberada. También señaló que Elizabeth fue confrontada con las alternativas, ya sea de reconocer [con su medio-hermana, la difunta Reina María] la supremacía eclesiástica del Papa, o de romper las estatuas Marianas y romper con Roma como lo había hecho su padre – una decisión por cualquiera de las alternativas produciría graves consecuencias, porque el alineamiento de las fuerzas políticas y militares, tanto en casa como en el extranjero, que favorecerían cada alternativa se hallaban bastante agitadas. Por lo tanto,

¹⁵ Vea Basil Mitchell, *La Justificación de la Creencia Religiosa* (Nueva York: Seabury, 1973), 40ff.

¹⁶ Me he tomado la libertad de cambiar la ortografía y la puntuación para facilitar la lectura del título.

argumentó Maitland, con el propósito de comprometerse con cualquier alternativa en ese momento, Elizabeth empleó una formulación ambigua en la proclamación de su título – una formulación que pudiese hacerse compatible con cualquier decisión que pudiera tomar eventualmente. En consecuencia, según su propia declaración resumida y escueta de la explicación, “Así podríamos expandir el símbolo de este modo: [“etc.”] – y (si los eventos futuros así lo deciden, pero no más o de otra manera) de la Iglesia de Inglaterra y también de Irlanda sobre la tierra, la Cabeza Suprema.”¹⁷

El historiador aborda su material muy parecido a la manera como el intérprete aborda su texto. Ambos son confrontados con el desafío de entender y explicar algo. Ambos reúnen tanta información relevante como pueden. Ambos impulsan una teoría o hipótesis, quizás otros intérpretes e historiadores ofrezcan hipótesis que compitan con la propia. La hipótesis de Maitland fue que la aparición del “etc.” en el título de la Reina Elizabeth no fue un accidente por parte de alguien; estaba allí por una razón. Y la razón ha de encontrarse en las peligrosas circunstancias históricas que se suscitaron cuando Elizabeth ascendió al trono. Haber reclamado explícitamente la jefatura de la Iglesia de Inglaterra en 1558 ciertamente hubiera llevado a la guerra con España y a una posible insurrección en Inglaterra. Renunciar en ese momento a cualquier afirmación posterior de tal autoridad sobre la Iglesia de Inglaterra parecía algo poco sensato. Y así, especula Maitland, Elizabeth decidió recurrir a una táctica dilatoria incluyendo aquel “etc.” aparentemente inofensivo en su título oficial. Más tarde, cuando los eventos futuros le aclararan las opciones y una decisión final más segura, ella podría anunciar todo lo que aquel “etc.” incluía. ¿Es correcta la interpretación de Maitland? Cualquier decisión final depende de si se acopla mejor a todo lo que sabemos de los tiempos y el pensamiento de Elizabeth que cualquier otra interpretación rival. Una vez más, lo más que cualquier interpretación puede esperar alcanzar es un alto grado de probabilidad.

Una tercera analogía se encuentra en los procesos por los cuales los detectives ficticios como Sherlock Holmes y Hércules Poirot van por allí resolviendo misterios. La mayoría de las personas que leen las novelas de Sir Arthur Conan Doyle y Agatha Christie intentan “resolver” el misterio antes que la respuesta final sea finalmente revelada. Consciente o inconscientemente el lector impulsa y deriva varias hipótesis (soluciones propuestas) a medida que la trama se desarrolla. La revelación de nueva información puede que no ratifique una teoría y que le dé mayor posibilidad a otra. La respuesta correcta es aquella que mejor se ajusta a todas las pistas.

Hasta este punto, una propiedad, la *coherencia*, es la que caracteriza a las mejores interpretaciones textuales, explicaciones históricas y soluciones de novelas de misterio. La teoría superior es aquella que es más congruente con todo lo demás que sabemos; la mejor interpretación, explicación o respuesta es aquella que mejor se ajusta a toda la información.

Otro ejemplo del procedimiento que recomiendo para evaluar cosmovisiones puede encontrarse en la manera en que los científicos buscan una explicación para un fenómeno. Ellos preguntan, “¿Qué condiciones explican esta situación?” Generalmente encuentran necesario considerar una cantidad de posibilidades. Las varias alternativas que examinan

¹⁷ Ernest Nagel, *La Estructura de la Ciencia* (Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1961), 552. La cita de Nagel proviene de F. W. Maitland, “Extractos Isabelinos,” en los *Escritos Coleccionados* de Maitland (Londres, 1911), 3:157-65.

llegan a convertirse en hipótesis, que luego son confirmadas o rechazadas por cuan bien explican el fenómeno. ¿Cuál explicación, cuál hipótesis, soluciona mejor esta situación? Esto es similar a la manera en que un erudito literario se decide por el significado de un texto, a la manera en que un historiador llega a una decisión con respecto a la explicación de un evento histórico, y a la manera en que Sherlock Holmes resolvía un crimen. El procedimiento es similar a la manera en que evaluamos cosmovisiones. Los investigadores honestos se dicen a sí mismos, “Esto es lo que sé sobre el mundo interior y el exterior. Ahora, ¿cuál proposición fundamental, cuál cosmovisión, realiza el mejor trabajo explicando todo esto?”

Los eruditos literarios, historiadores, detectives, científicos e investigadores de cosmovisiones que son buenos en su labor no se detienen con el primer trozo de información que confirme su teoría; se mantienen buscando. A medida que se acumula la información confirmatoria, así también aumenta la probabilidad de la verdad de la hipótesis. Una gran cantidad de observaciones, tomadas juntas, provee un juicio acumulativo que aumenta la probabilidad de que la hipótesis sea verdadera. Thomas Morris provee una ilustración útil:

Suponga que nos hallamos en un cuarto sin ventanas y que estamos considerando dos hipótesis rivales: Está lloviendo afuera y está soleado afuera. Se esperaría que muchos eventos estuviesen ocurriendo si la hipótesis de la lluvia fuese cierta, pero no si la hipótesis del sol fuese verdadera, tales como: sonido de gotas de agua cayendo en el techo, un amigo que entra empapado, lluvia corriendo por la calle, etc. Suponga que escuchamos el sonido del agua golpeando el techo (una observación de los eventos anteriores.) Esta observación confirma y eleva la probabilidad de la hipótesis de la lluvia. ¿Sabemos entonces que la hipótesis de la lluvia es cierta, que está lloviendo afuera?¹⁸

La respuesta, claro está, es no. Aún cuando suceda que escuchemos el agua golpeando el techo, podría deberse a que alguien más está lanzando allí el agua y posiblemente el sol esté brillando afuera. Morris continúa:

De igual manera, suponga que vemos a un amigo entrar al cuarto totalmente empapado. Esta observación también confirma y eleva la probabilidad de la hipótesis de la lluvia, pero tampoco prueba de manera concluyente que es verdadera. Alguien con podría haberle mojado con una manguera. Finalmente, suponga que escuchamos el sonido de automóviles pasando sobre pavimento mojado. Esta también sería una observación de confirmación, pero una vez más no totalmente decisiva, pues puede ser que el cepillo mecánico de la ciudad acabara de lavar la calle, y el clima en sí esté hermosamente soleado. Aunque ninguna de las observaciones anteriores probaría de manera conclusiva que está lloviendo en el exterior, su efecto acumulativo elevaría la probabilidad de la hipótesis de la lluvia de una manera tan elevada que estaríamos plenamente justificados al creer que está lloviendo afuera. Se puede decir que esta creencia es una respuesta subjetiva justificada ante la probabilidad acumulativa dada a la hipótesis de la lluvia por las tres observaciones confirmadoras.¹⁹

Morris admite con prontitud que en nuestras vidas diarias no funcionamos en términos de un procedimiento tan formal. No promovemos de manera consciente, y luego revisamos, hipótesis en competencia simplemente para tomar una decisión sobre si el sol está brillando allá afuera. Pero concluimos en que si una hipótesis o explicación se ajusta mejor a nuestras

¹⁸ Morris, *La Apologética de Schaeffer*, 96.

¹⁹ *Ibid.*, 96-97.

observaciones del mundo interior y del exterior, si una hipótesis tiene sentido tanto de manera teórica como existencial, ¿no seríamos insensatos al rechazarla a favor de una hipótesis que se adaptara menos bien?²⁰

EL PROBLEMA DE LA CERTEZA

¿Pero qué sucede con la certeza? Los individuos podrían preguntar, ¿no hay algo sacrílego respecto a una justificación pretendida de creencia religiosa que nos deje nada más que con meras probabilidades? ¿No existe un enfoque alternativo que nos permita creer con certeza? Y si es así, ¿no tendría tal alternativa algo más que solo recomendar la creencia en lugar de, digamos, un sistema que prometa nada más que una probabilidad?

Preguntas como estas revelan un serio malentendido por parte de quienes están indagando. Necesitan instrucción sobre la diferencia entre el tipo de certeza que se encuentra en las matemáticas y en la lógica (llámela certeza lógica) y aquella certeza disponible en otras áreas (llámela certeza psicológica o moral.)

La certeza lógica se encuentra exclusivamente en áreas tales como la lógica formal, la geometría y las matemáticas. Ejemplos de proposiciones que pueden saberse con certeza lógica incluyen las siguientes:

1. Siete mas cinco es igual a doce.
2. Ningún objeto puede ser redondo y cuadrado al mismo tiempo en el mismo sentido.
3. O Richard Nixon fue el presidente número treinta y seis de los Estados Unidos o no fue el presidente número treinta y seis de los Estados Unidos.

La certeza lógica se limita a este tipo de pensamiento. La número uno es verdadera, claro está, a causa de las leyes de las matemáticas. La número dos es verdadera debido a la ley de la no-contradicción. La número tres es verdadera debido a la ley del medio excluido. Para que cualquier proposición sea cierta en este sentido lógico esta debe ser necesariamente verdadera o falsa.

Pero las proposiciones como “Jesucristo se levantó corporalmente de la tumba,” “Dios creó el mundo,” y “la Biblia contiene sesenta y seis libros” no pueden alcanzar el status de certeza lógica, ni lo pueden hacer las proposiciones informativas con respecto a la historia, la geografía, la física, la astronomía o la economía del hogar; ni la puede alcanzar *alguna* cosmovisión. Una vez que uno deja la arena del razonamiento puramente formal para dirigirse al mundo de la sangre, el sudor y las lágrimas, se requiere que uno abandone la certeza lógica por la probabilidad. Los juicios informativos acerca de cosas y eventos particulares (o

²⁰ No quiero presionar la analogía de una hipótesis científica más allá de los límites. Por una razón, sería un error serio considerar un compromiso de fe con Jesucristo tan análogo a la manera en que algunas veces postulamos hipótesis tentativas. Pero al mismo tiempo la fe en Jesucristo y nuestra creencia en la verdad de la cosmovisión Cristiana *están* relacionadas con la información y las experiencias que sirven para confirmar o refutar tal creencia. Jesús no le pidió a sus seguidores que creyeran en contra de toda razón o con falta de razón. Por el contrario, les dio razones *para* creer. Discuto algunos aspectos de la relación entre la fe y la razón en mi libro *Fe Cristiana y Entendimiento Histórico*, cap. 8.

coleccion de cosas y eventos) jamás pueden elevarse por encima de la probabilidad. Pero esto no es motivo de lamentos. Como Edward John Carnell señaló una vez:

Esta admisión de que la prueba del Cristianismo para la resurrección de Cristo no puede elevarse por encima de la probabilidad no es una forma de debilidad; es más bien un indicativo de que el Cristiano está en posesión de una cosmovisión que está haciendo un sincero esfuerzo por asumir la historia tal y como es. El Cristianismo no es un sistema de pensamiento deductivamente necesario que haya sido producido en la cabeza de un filósofo, totalmente indiferente a la marcha de la historia humana que se halla debajo de él.

Pero aún cuando ninguna cosmovisión pueda elevarse por encima de la probabilidad lógica, esta aún puede ser creída con certeza moral. Una sola proposición o sistema de proposiciones que sean solamente probables en el sentido lógico pueden aún generar certeza en el sentido psicológico o moral. Carnell añade:

La probabilidad racional y la seguridad moral completa o perfecta no son, de ninguna manera, incompatibles. Estamos moralmente seguros de que existió un hombre llamado George Washington, aunque la evidencia racional para su existencia es solamente probable. Toda la mente necesita estar convencida de su coherencia para estar moralmente segura... Los argumentos a favor del Cristianismo – aunque probables en fortaleza racional – mueven al Cristiano a actuar basándose en la suposición de la verdad de la fe Cristiana.²¹

Antes de actuar – a menudo en asuntos que pudiesen tener un impacto significativo en nuestras vidas y en nuestra felicidad – pocas veces nos detenemos y nos involucramos en un proceso de hacer inferencias formales. Antes de entrar a un elevador, por ejemplo, pocas personas normales introducen información sobre el elevador en una computadora portátil para verificar las probabilidades de alcanzar su destino con seguridad. A menudo actuamos en la vida con una mayor seguridad (certeza moral) de la que proveen las evidencias. Realmente no *sabemos* muchas de las cosas que asumimos por razones prácticas. Actuamos, por razones prácticas, basados en probabilidades tan fuertes que es imposible distinguirlas de las certezas.

Demandar certeza lógica en los asuntos bajo consideración en este libro es algo arrogante. Mi admisión de que debemos tratar en términos de probabilidades (en el sentido lógico) no es un defecto; es una señal de que estamos tratando responsablemente con una característica ineludible del mundo real.

²¹ Edward John Carnell, *Una Introducción a la Apologética Cristiana* (Grand Rapids: Eerdmans, 1948), 114-15.